

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Sábado, 22 de Diciembre de 2007

### LA BARCA DE CARONTE. SEGUNDO CAPÍTULO. AKELARRE.

Luís lleva conduciendo más de cuatro horas. La tarde se ha puesto bastante mal. Ha nevado y una espesa niebla cubre el horizonte. La carretera apenas sí se ve. Aunque lleva los antiniebla, le es casi imposible intuir el trazado de la calzada. El espesor de la nieve va creciendo. Se ha dado cuenta de que aquello no es, precisamente normal. La nieve y la niebla. Son dos fenómenos atmosféricos incompatibles. ¿Por qué se dan al mismo tiempo? Luís no sabe en qué tramo está. Llega un momento en el que su coche ya no puede avanzar más. Las cadenas que le ha puesto a las ruedas ya no son efectivas. La radio ya no funciona. Dos horas antes ha oído que una fuerte tormenta de nieve ha avanzado sorpresivamente por esa parte del país. Decide recostarse sobre el asiento del copiloto sin bajarse del coche y dormir un rato. El calor acumulado dentro del coche por el efecto de la calefacción y un panorama completamente blanco, ya que mire donde mire solo percibe este color, facilitan la somnolencia. Cuando recapacita se da cuenta de que puede que esté completamente aislado. El teléfono móvil tampoco tiene batería, pero prefiere apagar el coche y no recargar el móvil.

Cuando Luís despierta, una imponente mancha de sangre aparece sobre la luna del coche y le inquieta. Algo o alguien se han golpeado contra el cristal y se ha hecho daño. Hay una pequeña grieta en el lado izquierdo del cristal, fruto quizá de un golpe seco. Pero no ha oído nada. Raro. ¿Quién ha podido ser? Todo parece solitario. La tarde va dejando paso, poco a poco, a la negrura. La niebla sigue presente aunque ha dejado de nevar. Todo pinta muy mal. Nadie parece que vaya a pasar por el lugar donde está varado. Pero Luís no desespera. Se arma de paciencia. Aunque tiene miedo. Bastante miedo.

Cuando se cambia al asiento del conductor, Luís nota que algo se ha metido bajo los pedales y le impide presionarlos. Cuando se agacha para mirar, queda completamente petrificado. La cabeza de un cordero estaba sirviendo de tope a los pedales. ¿Qué hacía allí la cabeza de un cordero? ¿Quién la había metido allí? Luís no se atrevió a cogerla. Inmediatamente intentó arrancar el coche. Después se dio cuenta de su error: haber dejado el motor completamente parado. No obstante, quizá no hubiera tenido la gasolina suficiente como para haberlo mantenido en marcha tanto tiempo. Ahora no lo puede arrancar. Esta completamente congelado. La radio ahora sí que reacciona. Se oye con innumerables interferencias, pero se oye. Aunque no será por mucho tiempo. La batería del coche está también a punto de fallar.

Luís sigue completamente aterrado. Y no es para menos: ha caído la noche, no le funciona el móvil, el coche se ha quedado sin batería, tiene el cristal delantero cubierto de sangre y debajo de los pedales, una cabeza de cordero.

Pero siente que algo le empuja a salir del coche. Yo, y quizá nadie en su sano juicio, no hubiera salido del coche. Pero él sí. Ahora, Luís oye unos golpes de fondo, como unos tambores. Parecen muy lejanos estos sonidos, pero, armado de valor y con mucha curiosidad de adentra en una zona boscosa, enfrente de donde había abandonado el coche. La nieve le impedía andar con soltura. La niebla apenas le permitía ver el suelo. Llevaba una linterna en la mano. Aquellos pinos de altura solemne le imponían bastante. Pero decidió seguir en la dirección donde parecían proceder los sonidos. Pensó que probablemente allí había un poblado y, por lo menos, podía pasar la noche en mejores condiciones.

Pronto a ese sonido se les unieron los aullidos de los lobos. “Yo creía que por aquí ya no había lobos”-pensó Luís. Ahora el miedo le hacía respirar de una forma más alterada. Y el frío de la nieve le podía provocar una neumonía, casi al instante.

Tras más de una hora atravesando ese bosque interminable, hacia no sabía bien donde, llegó a una zona, donde ya no había árboles y había un fuerte resplandor. Un resplandor causado por una gran hoguera. En torno a la hoguera había una veintena de personas. De inmediato apagó la linterna y se dispuso a llegar hasta ellos. Cuando ya se encontraba en las inmediaciones se percató de que aquello era bastante extraño. La gente estaba desnuda. Había un extraño dibujo rodeado con velas. Todos parecían orar en dirección a este dibujo. Había dos o tres hombres que, efectivamente, estaban percutiendo en unos enormes tambores, muy artesanales.

Luís se escondió tras un arbusto bastante grande que se encontraba a una distancia prudencial de aquel espectáculo. Cuando se quiso dar cuenta, Luís vio que estas gentes se estaban rociando con la sangre de un cordero que tenían y que carecía de cabeza. Aún no se explicaba, por qué estaba la cabeza en su coche. De inmediato, un carnero negro se entró en el dibujo que estaba sobre el suelo. Comenzó a tomar facciones humanas. Todo su cuerpo se tornó humano a excepción de sus patas y su cabeza. Sus patas y su cabeza seguían siendo de carnero. Aquello no tenía ningún tipo de explicación. ¿Qué era aquello? No quiso comprobarlo. Con gran sigilo para evitar, que se delatara su presencia, huyó intentando retornar en la dirección por la que había venido.

No sabía cuánto había corrido, ni longitud ni tiempo. Pero consiguió regresar al coche. Y tras varias horas, logró tranquilizarse, olvidarse de lo vivido, y dormir. Por la mañana, la nieve ya estaba bastante blanda, no había niebla y un camionero que pasaba por allí se interesó por Luís. Finalmente pudo recargar la batería de su coche, y aunque le quedaba poca gasolina, pudo arrancar y marcharse. La cabeza de cordero la había sacado cuando llegó por la noche y la lanzó por la ventanilla. Nada supo de ella. La sangre del cristal la pudo limpiar al despertarse por la mañana.

Veinte minutos después de iniciar su marcha se encontró con un monje, o al menos eso parecía, que le pidió que lo llevara al próximo pueblo. Luís no tuvo ningún problema y se sentó en el asiento del copiloto. A Luís le llamó bastante la atención la capucha del hábito. Le impedía ver la cara al monje. En ningún momento le vio la cara. Pero algo le dejó a Luís pasmado: el monje, tras un rato de silencio, le comentó con una aterradora voz metálica: “Anoche estaba usted presente en el acto de exaltación. ¿No?” Luís se defendió como pudo, aunque su voz reflejaba su terror: “No, yo anoche estaba en casa.” Pero el monje fue tajante: “No. Usted anoche estaba en un lugar donde nunca debía haber estado. Tenga usted cuidado, es un consejo que le doy. Hay lugares donde es mejor no ir.” En ese momento, el monje se bajo la capucha y Luís, aterrado, pudo comprobar quien verdaderamente era. Aquel personaje incomprensible que en la noche anterior había contemplado: aquél carnero que se había transformado en humano, que se puso erguido. La cabeza que asomó tras la capucha era la de un carnero. Luís dio un frenazo y a punto estuvo de salirse y estamparse contra una enorme roca. El monje, desapareció.

Luís todavía recuerda aquél día como uno de los peores de su vida. Y sigue sin creer lo que vio y lo que le sucedió. O acaso, prefiere no creerlo.